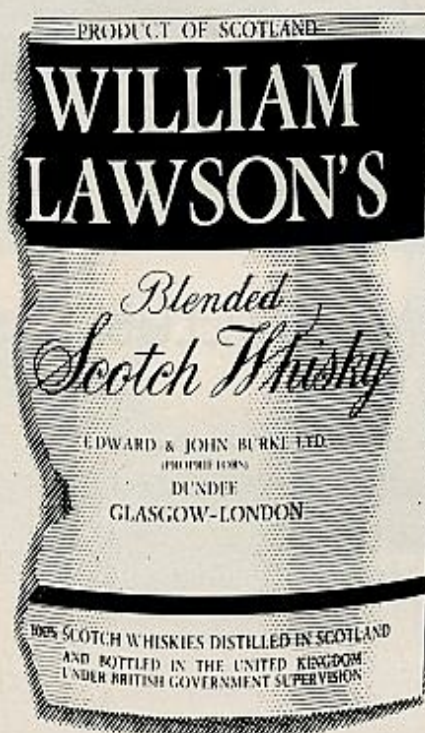



medida de
seguridad, sir,
susurró el barman
despegando la etiqueta del
whisky William Lawson's.
Si supieran lo que es, todos lo
pedirían. Esto es difícil de encontrar.
Pero, merece la pena buscarlo. ¿Verdad sir?



 William Lawson's Whisky,
blended from the finest malts of
Scotland's Highland Distilleries

Distribuidor exclusivo: MARTINI & ROSSI, S.A.

Barcelona-Madrid

DEPORTES

el meridiano del fútbol pasa por montevideo

¡QUE bella lección de fútbol brindó el Peñarol en el Estadio Bernabéu! Los uruguayos, viejos maestros del fútbol —dos títulos mundiales, en 1930 y 1950—, parecen haber dorado otra vez sus mejores blasones. Ya en el último Mundial maravillaron con su sólida organización defensiva que cerró a cal y canto el camino a la delantera inglesa en el único partido en que Bobby Charlton y sus compañeros no consiguieron marcar.

La cobertura del Peñarol, que es prácticamente la misma que la de su selección nacional, no desmereció ni en Montevideo ni en Madrid, en la eliminatoria de la Copa Intercontinental, de su admirable prestigio. Y si en el Mundial de Inglaterra el ataque uruguayo acusó falta de mordiente, en la versión «auri-negra» corrigió el defecto gracias a la habilidad oscurridiza del ecuatoriano Spencer y a la rapidez fulgurante del extremo peruano Joya.

Que la delantera «yo-yó» del Real Madrid no pudiera penetrar, pese a sus valientes aunque desordenadas estrozas, en el bloque del cuadro de Montevideo, no puede extrañar demasiado. La condición olímpica, el sentido posicional, la coordinación de líneas y el esquema general de su juego hacen del Peñarol actual un cuadro digno de ostentar ese título mundial inter-clubes.

El meridiano del fútbol ha pasado, con frecuencia, por Montevideo. La victoria sobre Brasil, en la final histórica de Maracanã, en 1950, proyectó a Uruguay a la cima de la fama. Cuatro años después, en Suiza, con su clásica «garrá» y los talentos de Schiaffino —Obdulio Varela, el «viejo», había caído lesionado ante Inglaterra— los futbolistas chartrúcos brindaron, ante la máquina húngara, uno de los más bellos partidos que se han presenciado jamás en la historia del Campeonato. Dominados por 2-0, igualaron a dos antes del término del choque y sólo en la prórroga Kocsis, con su «cabeza de oro», puso fin a las ilusiones sudamericanas y a un espectáculo inolvidable para todos cuantos lo presenciaron.

Esa derrota y un proceso de renovación, impuesto por el tiempo, dejó momentáneamente a Uruguay fuera de la «élite» del fútbol mundial. En el Campeonato de 1958 se dejó eliminar, en la fase previa, por los aguerridos paraguayos, y, en 1962, en Chile, su actuación pasó sin pena ni gloria.

Parece, sin embargo, que la crisis ha pasado. Y Uruguay vuelve a la primera línea balompédica. En un país de tres millones de habitantes, esa calidad futbolística casi constituye un milagro, un proceso increíble pero cierto. No se puede negar que la llamada «escuela uruguayana», que aglutina no sólo la mejor técnica argentina o brasileña, sino también una fibra temperamental muy latino-europea, ha mantenido, incluso en la peor época de ausencia de grandes figuras individuales, un estilo imitabile que acaba, como ahora, por fructificar. Porque hoy que tener en cuenta que el Peñarol no anda boyante en su Liga, lo que quiere decir que alguno de sus rivales, entre ellos el clásico Nacional, no andan muy lejos de su valía, si es que no lo superan, siquiera sea en su estado de forma.

Total, que el fútbol uruguayo está de moda. Y aún más diríamos. Sin que el parangón sea el mismo, la superioridad técnica de que el Peñarol alardeó en el Bernabéu, recordaba aquella jira que el fabuloso San Lorenzo de Almagro realizó por nuestro país hace veinte años para devolvernos el sabor y el color del fútbol de verdad. Es posible que aquella tripleta central que en el San Lorenzo formaban Farro-Pantoni-Martino no tenga posible imitador. Mas, en conjunto, y afortunadas las circunstancias que hoy imperan con las estrategias en curso, el valor total del Peñarol resiste a cualquiera comparación.

Hay que felicitar al Peñarol, tanto por la gran lección de juego que dio, como por la elegancia y sencillez con que la puso en órbita. Así no duelen prendas en reconocer una derrota, aunque el vencido fuera un club como el Real Madrid, que supo luchar con el corazón y caer con la cabeza alta.

J. J. CASTILLO